

La historia de Francesco Gesualdi, no sólo alumno de Barbiana, sino que aquella era su propia casa, hacen de su ponencia en la Asamblea la sección verdaderamente oficial

La escuela ante los desafíos globales

Francesco Gesualdi

No acostumbro a leer mis intervenciones, pero mi español es demasiado pobre como para hablarlo en directo. Os ruego que me perdonéis. Me llamo Francesco Gesualdi, tengo 58 años y vivo en Italia. Ni soy un enseñante, ni un pedagogo y se me ha llamado a este encuentro por mi historia de alumno de la escuela de Barbiana y por mi compromiso en la militancia política.

He sido alumno de la escuela de Barbiana desde 1957 a 1967 y allí aprendí el valor de la política, no sólo desde un punto de vista social, sino también moral. En Barbiana nos enseñaban que no hay que estudiar a cambio de un beneficio personal, sino para salir todos juntos de una situación de opresión. “Abrirse camino solo es la avaricia, avanzar todos juntos es la política”. Ése era el lema de Barbiana.

Y esta es la primera decisión importante que debe realizar una escuela: ha de decidir si ponerse al servicio del individualismo o de la política. Dicho de otra forma, debe decidir si estar al servicio del arribismo personal o de la soberanía popular. En todas partes la respuesta de la escuela resulta esquizofrénica. En cuanto institución de una sociedad democrática, sabe que su tarea es formar ciudadanos soberanos. Pero, en cuanto engranaje de la economía de mercado, de hecho, está organizada para criar técnicos individualistas. Mi propuesta es que la escuela se convierta seriamente en una institución al servicio de la democracia y oriente sus contenidos y métodos hacia la formación de ciudadanos soberanos.

Formar ciudadanos soberanos es un arte difícil, porque los instrumentos que debe proporcionar no son los saberes, sino las capacidades. Entre la transmisión de los saberes y la construcción de las capacidades se da la misma diferencia que hay entre dar un pez y enseñar a pescar. Con demasiada frecuencia la escuela se afianza sobre los saberes porque esa es la solución más sencilla. La gramática, las matemáticas, la física, la química, la historia – que se detiene en hace 50 años – no ofrecen dudas de interpretación o aspectos nuevos por descubrir. Los saberes son sólidos, más aún, están momi-



Miquel Martí presenta a Francesco Gesualdi

ficados, y no tienen necesidad de ser elaborados, sino únicamente transmitidos, y no obligan a los enseñantes al esfuerzo de pensar, buscar, confesar las propias lagunas y las propias incertidumbres, como les sucede cuando tienen que ayudar a los chicos a expresarse, a argumentar, a comprender, a interpretar, a juzgar.

Una escuela concebida como una cancha de profundización, discusión y participación resulta fatigosa, porque no puede recurrir a manuales o a libros de texto. Expone constantemente al enseñante a lo nuevo, a lo imprevisto y a lo imprevisible, porque nadie sabe los giros que puede provocar la confrontación, ni qué argumentaciones surgirán, ni qué objeciones se pondrán o qué juicios serán expresados. De ahí surge una escuela en la que ya no existen los roles, porque deja de haber un enseñante con sus alumnos; sino un grupo de personas de diversas edades, experiencias diversas, sensibilidades diversas, bagajes culturales diversos, que se confrontan con temas, realidades y verdades mayores que cada uno de los participantes. El enseñante asume el papel del hermano mayor que, en virtud de la propia experiencia y de los propios conocimientos, suministra los elementos de comprensión, enseña los secretos de

LO
O
O
F
I
C
I
C
A
C
A



la búsqueda, desvela las insidias de la desinformación, adiestra en la elaboración del pensamiento, guía el debate a la luz de los valores, ayuda a vislumbrar futuros escenarios y posibles soluciones.

Futuro, he ahí otra palabra clave de la escuela democrática. La escuela de los saberes vuelve su cara hacia el pasado y, a menudo, al pasado remoto, porque su objetivo es el mantenimiento del *status quo*. La escuela de la soberanía popular, sin embargo, da el rostro al futuro, porque su objetivo es formar muchachos que sepan individuar y resolver los problemas de su tiempo. Por eso la escuela debe concentrarse sobre la actualidad con tres objetivos de fondo: 1) comprender las razones, los intereses, las concepciones, los mecanismos que han traído a la situación presente; 2) las consecuencias posibles a medio y a largo plazo; 3) las posibles soluciones.

En 2002, cuando comenzaban a soplar vientos de guerra, la agresión a Iraq tuvo que ser el asunto clave de la escuela. Utilizando la prensa especializada y crítica, la escuela tenía que explicar cuáles eran las reales responsabilidades de Saddam respecto al terrorismo internacional, las exigencias y la historia de Bin Laden, los intereses petrolíferos de Estados Unidos en el Golfo Pérsico, la complejidad étnica y religiosa de Iraq, la probable guerra fratricida que la derrota de Saddam Hussein podría desencadenar, qué vía pacífica utilizar para derribar los sistemas dictatoriales existentes en el mundo. Si la escuela hiciera seriamente este tipo de trabajo, también elevaría automáticamente el nivel cultural de los periódicos y de las televisiones, porque la gente ya no toleraría el deterioro al que han llegado.

Si analizamos la situación de hoy, nos damos cuenta de que el mundo está sentado sobre dos bombas: la bomba social y la bomba ambiental. Desde un punto de vista social, el mundo de hoy está atravesado por profundos desequilibrios. Basta decir que el 20% más rico de la población del mundo arrambla con el 86% de la riqueza producida. El 20% más pobre debe contentarse apenas con el uno por ciento.

“Las estadísticas nos informan también de que la renta del 5% más rico es 114 veces más alta que la del 5% más pobre, y de que, además, esta distancia crece día a día. Baste decir que mientras en 1913 el desfase entre el 20%

más rico y el 20% más pobre era de 11 a 1, en 1960 se elevó a 30 a 1, y en 1997 fue de 86 a 1.

Las mismas disparidades existentes en la distribución de la renta se encuentran obviamente en el plano del consumo. Desde este punto de vista, la humanidad podría subdividirse en tres clases: los desamparados, los de “me las apaño” y los opulentos.

La clase de los desamparados es la más numerosa y comprende a todas aquellas personas que viven con menos de 700 dólares al año. No comen más de una vez al día, y su alimentación consiste en una dieta basada casi exclusivamente en harinas y legumbres. Muchos de ellos beben agua de pozos y ríos.

Viven en casetas construidas con materiales reciclados y en chozas hechas con materiales naturales que encuentran en los alrededores. Tienen pocas prendas de vestir y un nivel de escolaridad sumamente bajo. Si caen enfermos, no pueden curarse, y están obligados a endeudarse para hacer frente a cualquier

necesidad que no sea la llana y simple supervivencia. No producen más residuos que sus propios excrementos. Los desamparados son unos tres mil millones de personas, y representan la mitad de la población mundial. Están repartidos en todo el Sur del mundo, pero sus mayores concentraciones se hallan en Asia meridional y África subsahariana, donde constituyen el 78% y el 76% respectivamente de la población.

La clase de los “me las apaño” está formada por personas que viven con ingresos comprendidos entre 700 y 7.500 dólares al año. Ingieren suficientes calorías, pero se alimentan sobre todo de harinas, legumbres y verduras. Solo comen carne, peces y huevos de vez en cuando. Viven en construcciones de albañilería, pero muy rudimentarias, y solo en algunos casos disponen de servicios higiénicos. Disfrutan de corriente eléctrica, y algunos hasta de nevera y televisión. Se desplazan en transporte público, bicicleta o motocicleta. Tienen entre cinco y seis años de escolaridad y poseen algunos ahorros que les permiten afrontar imprevistos menos graves. Producen desechos limitados.



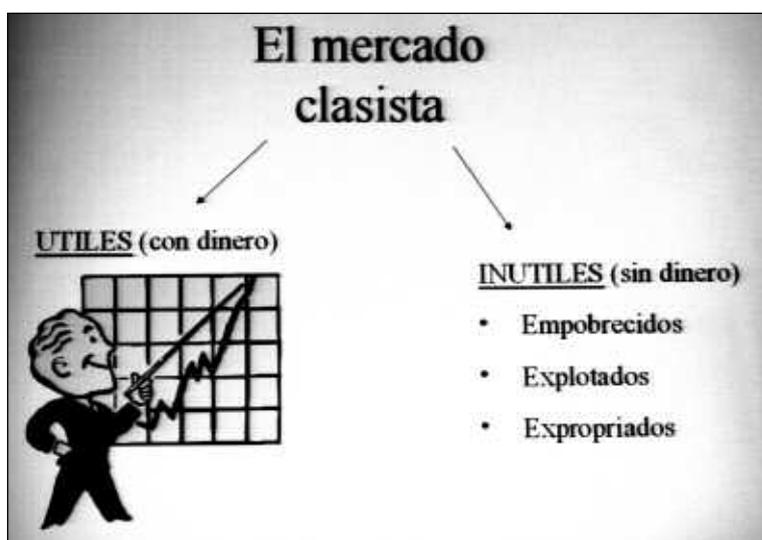


Los de “me las apaño” son alrededor de dos mil millones y se encuentran sobre todo en el Sur del mundo. Pero no debemos olvidar que a esta categoría pertenecen también los 300 millones de pobres que viven en la parte rica del mundo.

La clase de los opulentos es la más pequeña: menos de mil millones de personas tienen una renta anual per cápita superior a 7.500 dólares. Ingieren calorías en exceso y llevan una dieta a base de carne y alimentos envasados. Viven en casas con calefacción, dotadas de todos los electrodomésticos. Tienen una media de 13 años de escolaridad a sus espaldas y suficiente dinero para curar al menos las enfermedades recurrentes. Se desplazan sobre todo en coche y, llegado el caso, en trenes de alta velocidad y aviones.

Todos saben que el club de los ricos es de escala global. Si examinásemos a quién forma parte de esa minoría que arrasa con la riqueza mundial, descubriríamos que uno de cada tres habitantes es del Sur, o sea, de esa parte del mundo que dispone de rentas per cápita medio-bajas. En efecto, así como el Norte opulento tiene desfavorecidos, el Sur pobre también tiene sus pudientes. Esto hace cada vez más difícil subdividir el mundo de manera exacta. Pero, a su vez, debemos reconocer que el grupo de los privilegiados lo conformamos sobre todo nosotros, los habitantes del Norte: Europa occidental, Norteamérica, Japón y Australia. En total somos 840 millones y representamos solo el 14,2% de la población terrestre, pero nuestro consumo supone un 78,5% del mundial. A modo de ejemplo, consumimos el 55% de la energía total, el 70% del papel, el 40% de la carne. Poseemos el 74% de los automóviles y el 55% de los teléfonos y móviles. Entre tanto, somos determinantes para el 50% del dióxido de carbono y producimos una media anual de basura per cápita de 560 kilos, contra los 180 de un habitante de Túnez” (F.Gesualdi, *Por una vida sobria*, (PPC, Madrid 2005) pp. 15-18).

Quien nos gobierna habla de la pobreza como de una fatalidad. Pero la pobreza no es una fatalidad. Al contrario, está tan científicamente organizada como lo estaba el holocausto por los nazis. La pobreza es el resultado de un sistema económico que no está pensado para servir a las necesidades de la gente, sino a los intereses de los mercaderes; no es casual si se autodefine *economía de mercado*. El sistema ha transformado el mercado en un ídolo con la pretensión de que es capaz de resolver todos los problemas del mundo. Pero, en realidad, es uno de los mecanismos básicos del empobrecimiento, porque el mercado divide a la gente en dos: los útiles y los inútiles. Útiles son los que tienen dinero para gastar. Inútiles, todos los demás. A los primeros los mima, los engatusa e, incluso, tiene interés por enriquecerlos todavía más, para que puedan comprar cada vez más. A los segundos, sin embargo, los excluye e, incluso, tiene interés por empobrecerlos cada vez más, privándolos hasta de lo poco que tienen.



La categoría de los inútiles se puede dividir ulteriormente en tres subgrupos. El primero, el de los empobrecidos; una masa de 3.000 millones de personas, de los que todos se desembarazarían muy a gusto porque se consideran un lastre y nada más. El segundo grupo es el de los explotados, braceros, campesinos y obreros que están dentro del sistema en cuanto mano de obra para explotar, únicamente. Y el tercer grupo es el de los autosuficientes, es decir, gente que logra vivir de la autoproducción sin entrar nunca en una tienda o en un supermercado. Se trata de pequeños campesinos, pescadores, habitantes del bosque, que viven trabajando un trocito de tierra, pescando en el mar que baña sus costas, recogiendo los frutos de la naturaleza. Pues precisamente contra éstos el sistema se empuja aún más, porque si, por un lado, no tienen dinero para comprar, por otro, su culpa está en fundamentar la propia supervivencia sobre recursos que los mercaderes pueden utilizar para producir bienes que vender a los ricos consumidores de lejos. Para convencerse basta mirar a los indios de la Amazonía, expulsados de sus bosques cuando se descubren bajo su suelo minerales o petróleo que saquear. Basta mirar a los pescadores de las costas africanas, que sólo logran



pescar algún pez, porque los grandes pesqueros las están esquilmando. Basta mirar a los campesinos de la isla de Santo Domingo, a los que se roban sus terrenos con el fin de construir hoteles y campos de golf para los turistas europeos.

Explotación y expropiación son dos mecanismos clave en los procesos de empobrecimiento e inmediatamente ponen en escena a actores que siempre permanecen en la sombra. Cuando se analizan las relaciones internacionales se suele recurrir únicamente a los gobiernos y a las instituciones internacionales, como el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional, pero los verdaderos protagonistas de la economía son las empresas. De hecho, ellas manejan los hilos productivos y tienen la responsabilidad de los precios y de los salarios. Nestlé y Kraft, que juntas controlan el 25% de todo el café que circula a nivel mundial, tienen su responsabilidad en la caída del precio del café, que hoy es un 75% más bajo de lo que se pagaba en los años 60.

Hace tiempo, el Sur del mundo sólo interesaba por las materias primas. Hoy interesa sobre todo por su mano de obra a bajo precio; tan es así que las empresas están dibujando de nuevo el mapa de la división internacional sobre la geografía del trabajo. Nadie sabe dónde se ha fabricado el coche en el que viajamos: el motor puede haber sido construido en Corea, la carrocería en Polonia, los neumáticos en Malasia. Por el contrario, sabemos que zapatos, vestidos y juguetes provienen casi exclusivamente del Extremo Oriente y han sido fabricados por jóvenes obreras que, cuando la cosa va bien, ganan 70 euros al mes. La responsabilidad del salario de las obreras bengalíes, que ganan 40 ? al mes, también es de Zara y de todas las demás marcas de ropa, que intentan trasladar su producción a los países del mundo donde las licencias de explotación son mayores.

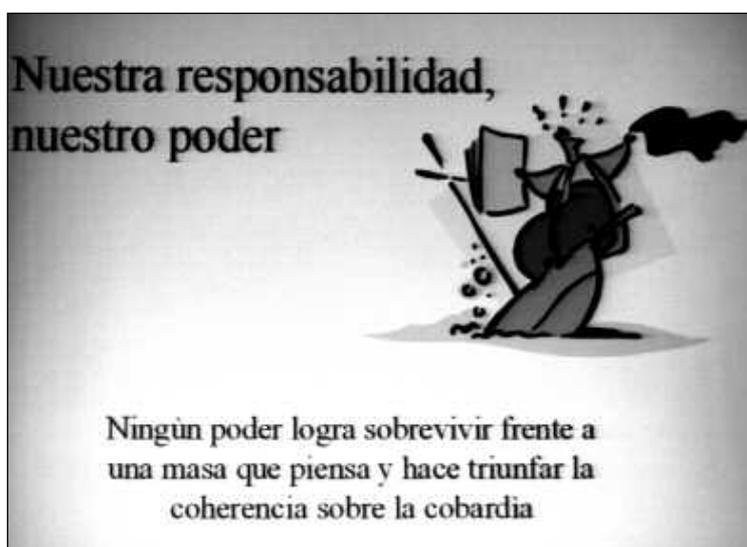
Cuando hablamos de instituciones como el Banco Mundial o las multinacionales nos asalta un sentimiento de impotencia. ¿Qué podemos hacer nosotros, tan pequeños, frente a estos colosos? Y, sin embargo, precisamente desde Barbiana, desde don Milani, nos llega el mensaje de que, en nuestra pequeñez, somos muy poderosos. Para darnos cuenta basta analizar la estructura del poder. Es un tópi-

co que el poder esté en pie por sí mismo. En realidad está sostenido desde abajo. La fuerza del poder se basa en el consentimiento popular y en la obediencia.

“El poder se mantiene en pie porque nosotros lo sostenemos con las actividades del vivir cotidiano: el trabajo, el consumo, el ahorro y el pago de los impuestos. Justamente consumiendo como él quiere, trabajando como él quiere, ahorrando como él quiere es como nosotros colaboramos con el sistema, tal y como lo harían verdaderos cómplices. He ahí porqué somos también responsables de los delitos del sistema.

Pero nuestra responsabilidad es sólo una cara de la moneda; la otra es nuestro poder.

De hecho, nuestro trabajo, nuestro consumo, nuestro ahorro, no son accesorios de los cuales el sistema pueda prescindir. Son los pilares que soportan su estructura. Desde el momento en que nuestras actividades son tan importantes para



la supervivencia del sistema, nosotros podemos utilizarlas para chantajearle y obligarle a comportarse de manera diferente. Tratemos de imaginar qué sucedería si dejáramos de comprar los productos de Coca Cola, que está acusada en Colombia de no respetar los derechos sindicales y en la India de secar las capas acuíferas y de poner a la venta bebidas con elevadas concentraciones de sustancias químicas.

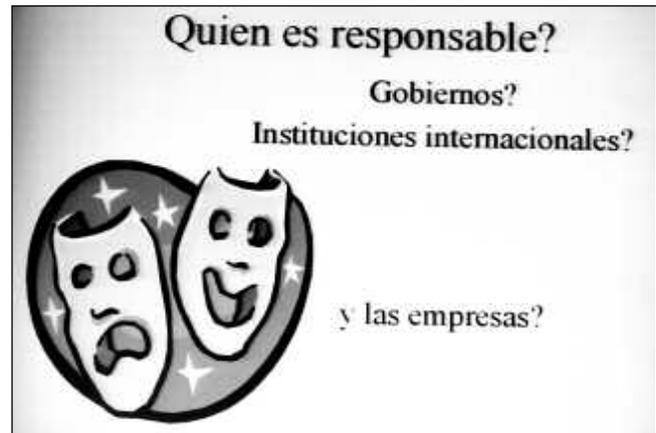
Debería adecuarse a nuestras demandas, so pena de quebrar. Por todas estas razones el padre Zanotelli compara el poder a la estatua de Nabucodonosor; sus dimensiones eran imponentes e infundía a todos un gran terror. Pero la estatua tenía un defecto: tenía los pies de arcilla” (C.N.M.D., *Norte-Sur, la fábrica de la pobreza* (Popular Madrid, 2007) p. 247)

y, como todos saben, la arcilla es un material que con los rayos del sol se hace muy dura y aguanta un peso muy grande sobre sí. Pero con el agua se hace un amasijo de fango y deja caer lo que tenía encima. Nosotros representamos los pies del sistema y depende de nosotros decidir si queremos que la arci-

lla se haga dura como el acero o blanda como el fango. El medio se llama pensamiento crítico y comportamiento coherente. Si pensamos antes de actuar y si actuamos confrontándonos con nuestros valores, podemos poner al sistema de rodillas. De ahí la importancia de enseñar a los chicos que la política no se hace sólo en la cabina electoral, sino en todo momento de la vida: en el supermercado, en el banco, en el puesto de trabajo, en el kiosco de prensa, en la cocina, en el tiempo libre, cuando uno se casa. Eligiendo lo que hay que leer, qué trabajo desarrollar, qué y cuánto consumir, a quién comprar, cómo viajar, a quién confiar nuestros ahorros, reforzamos un modelo económico sostenible o de saqueo, mantenemos empresas responsables o vampíricas, contribuimos a construir la democracia o a demolerla, sostenemos una economía solidaria y de derechos o una economía brutal de abuso recíproco. De hecho, la sociedad es el resultado de reglas y comportamientos y, si todos nos comportásemos de forma consciente, responsable, justa, solidaria, sobria, no sólo daríamos otro rostro a nuestro mundo, sino que obligaríamos al sistema a cambiar su reglas, porque ningún poder logra sobrevivir frente a una masa que piensa y hace triunfar la coherencia sobre la cobardía, el tranquilo vivir, las pequeñas ansias del momento.

Hablando de la responsabilidad del consumo, la escuela debe subrayar que no basta con hacer opciones de consumo basadas en la calidad social y ambiental de los productos, sino que, cada día más, tenemos que plantearnos también un problema de cantidad. Tenemos que hacerlo por razones de justicia, teniendo presente la otra gran bomba sobre la que está sentado el planeta: la bomba ambiental.

Estoy convencido de que todos nosotros, presentes en este salón, queremos un mundo más justo. Pero tenemos un problema: pensamos en un mundo justo amoldado a nuestro tenor de vida. Pensamos en un mundo en el que todas las familias tengan automóvil, lavadora, frigorífico, una casa confortable. Todo esto no nos parece lujo, sino vida digna. Y quizás tenemos razón. Pero tal mundo es imposible de realizar porque choca contra la capacidad de resistencia del planeta. Se ha calculado que, si quisiéramos extender a todos los habitantes del planeta el tenor de vida de los europeos, harían falta tres planetas tierra. Tres, en cuanto a bosques, en cuanto a océanos, minas y campos; y tres, en cuanto a vertederos de basura. Nosotros no tenemos dos planetas de escolta y con este único planeta tenemos que afrontar dos desafíos: hemos de dejar a nuestros hijos un planeta vivible y debemos permitir a esos 3.000 millones de personas arrojadas a la fosa de la miseria que escalen rápidamente la pendiente.



Ellos tienen derecho a comer más, vestirse más, calzarse más, cuidarse más, estudiar más, viajar más. Pero sólo lo podrán hacer si quienes tienen el bienestar aceptan consumir menos. De usar una imagen pintoresca podríamos decir que el mundo está como habitado por unos pocos gordos que conviven con un ejército de esqueléticos. Los esqueléticos necesitan comer más, pero sólo podrán hacerlo si los gordos aceptan someterse a un tratamiento adelgazante, porque ya empieza a haber una competición por los recursos escasos. Hay competición por el petróleo, por el que hemos vuelto a hacer guerras. Hay competición por el agua, por los peces, por los bosques, por los minerales y naturalmente hay competición por la producción de basura. Los cambios climáticos actuales nos recuerdan que, si queremos salvar este planeta, tenemos que reducir las emisiones de anhídrido carbónico en un 60%.

La moraleja de la fábula es que no es posible hablar de justicia sin tener en cuenta la sostenibilidad y el único modo para unir equidad y sostenibilidad es que los ricos se conviertan a la sobriedad. O sea, a un estilo de vida personal y colectivo más parsimonioso, más limpio, más lento, más inscrito en los ciclos naturales.

Aparentemente la sobriedad es sólo una cuestión de estilo de vida personal. En realidad es una revolución económica y social porque rompe en pedazos el principio sobre el que está construido el entero edificio capitalista. Es el principio del crecimiento, invocado no sólo por las empresas, sino también por quienes se batan por los derechos, en base al credo de que sin crecimiento no puede existir seguridad social ni pleno empleo.

Hasta hoy nadie se ha atrevido a poner en discusión este dogma y nos estamos ahogando en nuestra opulencia inicua y violenta. Pero ¿es verdad que el único sistema posible sea el del crecimiento? Ya es hora de comenzar a discutirlo para evitar la catástrofe social y ambiental. Y ¿hay un lugar más apto que la escuela para comenzar este tipo de reflexión? ■